

# El cine en Filipinas, Japón y China, visto por un aventurero español

«Era ya tarde,—y una mulata—brindaba amor...—Entre mis brazos—yo la estrechaba,—formando juntos—un corazón...—Una mulata—dulces pedía,—y me miraba—con frenesí...—Enternecido—con su sonrisa,—ya no me acuerdo—lo que la di.»

La vuelta al mundo de Fernando G. Toledo

ESTE ES UN hombre—un muchacho, mejor—que tiene el sentido del equilibrio en todo. Su sonrisa pocas veces llega a ser risa; su voz no pasa de una tesitura discreta; fuma poco; bebe poco; no trasnocha casi; no tiene conflictos sentimentales. Su juventud se mantiene así, como el cordaje de la balista en tensión, capaz de afrontar con serenidad las situaciones y dispararse, en línea recta, hacia el enemigo. (El enemigo, en la lucha cotidiana, es el mal prójimo.)

Fernando G. Toledo me refiere ahora su vida en Filipinas, donde fuera desde Norteamérica por asuntos puramente familiares. (¿He dicho que nació en Valencia y que ha cumplido veintiocho años? Si lo dije, bien dicho está. Si no lo dije, bien vale la pena repetirlo.)

Manila, la ciudad amable y ardiente, recibió al «españolito» con los brazos en cruz. (Y Manila ya no es aquel paraíso de los tiempos coloniales, cuando España ondeaba su bandera bicolor en el Mar de la China. De esto hablaremos luego, me dice F. G. T.) Gente dulce y cariñosa, que lee y que se documenta mucho de las cosas del cine; conocía la ejecutoria del llegado, y le trató, desde el próximo momento, como a una personalidad del séptimo arte.

Se vió precisado a aceptar la dirección de una película tagala sin conocer el ambiente ni el idioma. Para ello le pusieron dos ayudantes, y el autor del argumento le iba traduciendo los diálogos al inglés. (Recapacitemos en esta aventura, que no puede ser sino española, de realizar una película «típica» en un país desconocido.)

El film, titulado *Mga Ulila* (El huérfano), obtuvo un éxito sensacional de crítica y público, puestos de acuerdo por una vez siquiera. A la sombra del éxito, la estancia de G. Toledo en las islas Filipinas fué una cadena de rosas durante año y medio: fiestas, invitaciones oficiales y particulares, ofrecimientos de negocios y de matrimonios ventajosos. El aceptó aquello que le convenía sin atarle demasiado. ¡Ligaduras, no! (Mi pregunta acerca de cómo sabe el amor de las tagalas queda sin respuesta. Sin embargo, en el rostro del preguntado hay como una luz imperceptible casi, que trae a sus ojos reflejos distantes de las noches del trópico, de aquellas noches de Manila, que sigue siendo española en el fondo del corazón. Y a mi memoria acude aquella melodía, de monotonía dulce, que me enseñó un capitán que estuvo en Filipinas cuando Filipinas era España:



La actriz filipina Makara Ros y, estrella de los estudios Philippine-Film, de Manila, y una de las figuras más destacadas de la cinematografía filipina



Una bella escena del film japonés «Ohayo Gasamos», rodado en Kioto durante la permanencia de Fernando G. Toledo en el Japón

Tuvo Fernando G. Toledo que dirigir otra película en Manila, con asunto de aviación, para la misma Compañía Tait Harris Productions, y con igual éxito que el obtenido por *Mga Ulila*. Pero aquello le iba reteniendo demasiado en un país exótico, cuyo cine no ha pasado de la infancia. La tentación de la China era cada vez más fuerte, y no supo resistirla ya. (¡Adiós, islas paradisíacas, que habéis perdido aquel perfume maravilloso por el que se suicidaban los funcionarios que la política de Madrid trasladaba de un plumazo a la Península; pero que todavía sois dulces y ardientes como la miel!)

China, al fin. Shanghai. 1933. Los Estudios de Star Films. (Perico Ladrón de Guevara se sentirá aludido.) G. Toledo encuentra muy atrasada la industria cinematográfica china. Todavía se impresiona en mudo. Los procedimientos son rudimentarios. Únicamente son admirables dos cosas: los intérpretes y el operador. (De este cameraman me enseña una tarjeta cabalística, que conserva como recuerdo. Pero, ¡cualquiera la traduce! Pongan ustedes los jeroglíficos que deseen, y tan amigos.) Algo maravilloso. Unos y otro. Su trabajo suponía una excitación de la sensibilidad, fabulosa aún para nosotros, los latinos. Los exteriores que captaba la cámara prodigiosa

de aquel operador de Shan-



Fernando G. Toledo, con el director y algunos artistas del film «Ohayo Gasamos» (Buenos días), durante su rodaje en Kioto (Japón)



Una curiosa y típica escena, de maravilloso ambiente, del film japonés titulado «Namiko», rodado durante la estancia de G. de Toledo en el Japón heroico y galante



浪子の唄

内山慈十郎  
妻山貞吉

El gran actor Ohimata y la bellísima actriz Mizutani, en una escena de la producción japonesa «Namiko», editada en los magníficos estudios cinematográficos de Kioto



La famosa actriz china del cinema—famosa en China, aunque aquí sea inédita—, Ma Ling, posando en los estudios de la Star-Film, de Shanghai



Fernando G. Toledo (x) dirigiendo una toma de exteriores en el mar de la China de una película de costumbres tagalas, «Mga Ulila» (El huérfano), estrenada con gran éxito en las Islas Filipinas

que, por lo tanto, no pueden interesarles a ustedes.

Quedaba el Japón, heroico y galante, para el ansia de horizontes exóticos de Fernando G. Toledo. Y fué en Tokio donde tuvo la suerte de conocer a Mr. R. Omata, director de la producción japonesa de la Paramount. Un hombre inteligente y acogedor que le brinda amistad y que, después de enseñarle los mejores Estudios cinematográficos del país, le contrata como asesor de costumbres occidentales.

La decepción que acababa de sufrir en China fué compensada con creces en Japón. Es Japón una potencia del cinema, la segunda potencia mundial, así como suena. Pudo comprobarlo sobre el terreno. Los Estudios sonoros de Kioto (Nikkatso Studios) le causaron asombro. La perfección de los aparatos, de las instalaciones; la belleza de los decorados; la disciplina y el orden del personal; la desenvoltura de los actores, la técnica de los directores..., todo hacia olvidar la penosa impresión de China para admirar el esfuerzo gigantesco de los japoneses, que producen más que toda Europa junta.

Su estancia en Kioto fué muy útil. Allí incluso aprendió cosas nuevas del séptimo arte, que aplicará cuando intervenga aquí de director, cosa que no le corre prisa. (Es muy joven, y su cargo hoy está por encima del de realizador artístico. El es quien ha de controlar la producción de films en castellano, eligiendo precisamente sus directores.)

Fernando G. Toledo ha dado, pues, la vuelta al mundo. Su marchamo cosmopolita no le impide sentirse español por y sobre todas las cosas. Por eso, ahora, ha recalado en Madrid. Y mientras descansa de las emociones recibidas en sus largos viajes—que quizá nosotros no podremos realizar nunca—, se prepara para volcar en



Rodando una escena en los Nikkatso Studios, de Kioto (Japón) de la película «Ohayo Casamos». De espaldas, en la máquina y junto al operador, Fernando G. Toledo observa las figuras por el objetivo

celuloide cuanto ha aprendido, cuanto ha visto o experimentado. Y lo va a volcar en beneficio de su patria, que es el suyo.

SANTIAGO AGUILAR